



**Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe**  
**[www.virgendeguadalupe.org.mx](http://www.virgendeguadalupe.org.mx)**

Homilía pronunciada por **Mons. Dr. Enrique Glennie Graue**, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe, Vicario General y Episcopal de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el V Domingo de Pascua.

29 de abril de 2018

La liturgia presenta la Pascua como un «paso», una transformación de la existencia. Jesús pasa a una existencia transfigurada y gloriosa y a eso estamos llamados todos. Por eso hablamos de una situación de Pascua para todos. De esto hablan también las escrituras de hoy. Pablo pasó de perseguidor a Misionero. Los cristianos pasamos de una esterilidad a una fecundidad, permaneciendo en Jesús y dando fruto. Es un tema sobre el que hoy se insiste fuertemente en la Palabra de Dios. El Evangelio recoge esta idea con una alegoría: la de la vid y los sarmientos.

La idea central de esta alegoría o comparación que nos presenta Jesús es -como el domingo pasado, con la parábola del Buen Pastor- la relación cercana y personal que debe establecerse entre Jesús Resucitado y el auténtico discípulo -o sea, cada uno de nosotros- y los frutos que el Discípulo da, por razón de esta cercana relación. Jesús es la fuente de la vida. Cuando hablamos de tener fe, hablamos de vida, y esa vida se alimenta, esa vida Jesús es el que nos la da. Por eso tenemos que hacer un especial énfasis en nuestra comunión con Él. La comunión o la relación en la Eucaristía. Es muy triste ver cuantos católicos no comulgan. Quiere decir que Cristo no les importa, tienen otras preferencias, tienen otros intereses, tienen otra manera de ver las cosas. Es importante y el Señor nos lo dice: tenemos que estar en Él porque si no, no damos fruto. Quizás por eso nosotros a veces somos cristianos inútiles que no damos fruto.

Este texto del Evangelio de Juan forma parte de lo que podemos llamar «*el discurso de despedida*»; el contexto es la última cena y podemos considerarlo en alguna forma, como el testamento espiritual de Jesús. Jesús nos invita a crecer y el crecimiento siempre está acompañado de tensiones y desequilibrios en muchos campos: en el campo social, político, religioso, económico, etcétera. Las tensiones que hoy vive la Iglesia pueden ser fecundas y pueden ayudarnos a construir, siempre y cuando éstas sean vividas en un amor libre de resentimientos e integristas. Vivimos en un pluralismo, que es difícil de vivir. Es más fácil siempre tener la misma cosa. El pluralismo exige madurez, capacidad de diálogo y respeto por todos.

La imagen de la vid es ya utilizada por los profetas en el Antiguo Testamento para referirse al Pueblo de Israel: Dios cuida su viña para que dé fruto. Jesús aquí se presenta también como *la vid verdadera*. Por tanto, la vid cuidada con amor por el Padre, para que dé fruto. Esa será la exigencia que escucharemos por parte de Jesús.

Las dos ideas principales -como repetidamente lo dice el Señor: *permanecer en Él y dar fruto*. Sólo arraigados en esa comunión con Jesús, que se cultiva desde lo profundo del corazón, podrá el Discípulo llevar a cabo el proyecto de amor de Dios sobre el mundo.

El mensaje para nosotros es muy claro: es necesario *vivir en permanente comunión con Cristo* (sin Él no podemos dar fruto) y tendremos que esforzarnos por hacer fructificar nuestras vidas, que demos fruto en nuestra vida.

Éste es el mismo mensaje que nos da Santa María de Guadalupe, nuestra dulce Madre que nos trae a Cristo, para que -unidos a Él- demos buenos frutos. Amén.